

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 43.

Alicante 16 de Setiembre de 1871.

Año II.

LA INTERNACIONAL.

en sus relaciones con la sociedad, con la moral y con la religion.

II.

Hemos visto en nuestro precedente artículo cuáles son los instintos que, impeliendo á las masas ignorantes en general por un camino torcido, llevan á la sociedad presente á un término fatal; del que solo podrán librarla los principios religiosos genuinamente entendidos y aplicados que modifiquen el corazon pervertido, el hábito al trabajo unido á la paciencia y sufrimiento, virtudes cristianas con que se suavizan y aligeran las penas y contradicciones de nuestra vida, y la saludable instruccion que, basada en aquellos principios religiosos, arranque del corazon los malos instintos y del entendimiento la semillas del error, que en él siembran cada dia las doctrinas anti-sociales con mano pródiga diseminadas por el génio de la devastacion.

Pero aquellos instintos que vemos en el corazon humano de re-

pugnancia á las desigualdades sociales, solo reprimidos por los consejos de la religion, los hábitos del trabajo y las luces de la instruccion, no son nuevos en nuestro pueblo, no son de hoy, ni de ayer siquiera; son tan antiguos como el hombre, porque tan antiguo como él es el gérmen del pecado y origen de la soberbia, de donde dimanar estos males y cuantos estravíos morales aquejan honda y terriblemente á la humanidad.

Estos instintos han luchado en el curso de todos los siglos, podemos asegurar con un publicista contemporáneo, y han anidado en el corazon de todos los pueblos. Socialismo habia en el elegido de Dios, y las franquicias del jubileo lo demuestran. Lo hubo en las repúblicas griegas; y en la romana, la institucion del Tribunado seguramente que no tuvo otro origen. El cristianismo se tiñe bien pronto de esta idea; y en el carácter de ciertas sectas, en la tendencia de ciertas luchas, en la trasformacion de ciertas clases, y en las combinaciones de la propiedad y del cultivo en la Edad media y en la Edad moderna, palpita este gérmen, el mas prolífi-

co y el mas perdurable de cuantos se desenvuelven en las entrañas de la humanidad.

Es una tendencia que se descubre en todo el desarrollo de la historia; y tanta locura seria desconocerla como despreciarla. Lo importante es averiguar qué elementos tenga este principio dignos de remedio, y que elementos reuna acreedores de próscripcion. Lo difícil es saber cuales son las obligaciones de la filantropía privada y del Estado oficial para con las desigualdades sociales, y cuáles los derechos del ciudadano y del desvalido. Lo eficaz seria descubrir las leyes sabias y justas, que deben regular en lo moral y en lo físico el viaje de la criatura por el áspero camino de la vida.

Despues de lucha tan empeñada y de resultados tan ineficaces; despues de lo que se ha hecho y de lo que se ha trasformado para que las desconfianzas queden en pié y los rencores sigan inestinguibles, deberíamos creer que la ciencia no ha dicho la última palabra, que la humanidad evoluciona lentamente, ó que el problema es insoluble. No lo creen así los apóstoles y los sectarios del socialismo; y de ahí sus notas apremiantes para que *la justicia se haga*, y de ahí sus audaces intentos para hacerla ellos mismos desde luego por su cuenta. En las aspiraciones han variado poco, porque quieren los socialistas del siglo XIX lo que han querido los socialistas de todos los siglos; y solo ofrecen

los primeros la novedad de haber puesto á su servicio combinaciones descubiertas por las ciencias sociales modernas. Ni aun los incendios de París son una receta inopinada, que no conocieran y que no aplicaran ya en sus dias los anabaptistas de Alemania.

Hoy esta aspiracion ofrece un doble y mas temeroso peligro; porque armónicos los esfuerzos aislados, y fundidos en *La Internacional*, á un tiempo mismo y bajo una misma direccion amenazan la paz, la propiedad y la constitucion de todos los pueblos.

Tambien en España ha prendido fuego tan devastador, y tambien tenemos nosotros *Asociacion de trabajadores*. Tambien aquí se discuten públicamente los mas pavorosos problemas de la cuestion social, y tambien se escuchan los anatemas de muerte contra el capital, contra la religion y contra las monarquias. Recientemente *El Consejo federal de la region española* ha dirigido una solicitud al *ciudadano* ministro de la Gobernacion, pidiendo el sobreseimiento de las causas que se siguen á algunos afiliados á *La Internacional*, donde se consigna el programa de la asociacion, y donde se exponen sin rebozo las ideas que la animan en lo político, en lo social, en lo religioso y en lo económico. Tambien aquí se dice que «si *La Internacional* viene á realizar la justicia y la ley se opone, *La Internacional* está por encima de la ley.» Tambien aquí se ha puesto sobre el

tapete la cuestión de si *La Internacional* debe ó no tolerarse; y en estos momentos hay trabada en toda la prensa batalla empeñada, sin que las opiniones hayan llegado á un acuerdo.

Fundándose los unos en el texto de alguna de nuestras leyes, y en lo ineficaz que sería intentar la represión contra una sociedad que no ha procedido á vías de hecho, piden que el Gobierno se esté arma al brazo, y que tolere á los internacionalistas lo mismo que puede tolerar una comunión política cualquiera. Fundándose los otros en otras disposiciones legales, asientan que *La Internacional* está fuera de la ley, y que por lo mismo debe proscribirse y aniquilarse.

Para nosotros hay aquí una cuestión previa de hecho, que conviene resolver, y que resuelta prejuzgaría la de derecho. Si el dogma que se atribuye á *La Internacional* es el que fijan informes autorizados, y el que definen sus mismos asociados; si *La Internacional* quiere hacer una nueva moral y una nueva familia; si no está satisfecha de las bases en que hoy descansan la propiedad y el capital; si cree que las nociones de patriotismo y el sentido de los límites geográficos son nociones caprichosas y de limitaciones arbitrarias; si cree que por cima de la ley está su derecho y que los poderes establecidos no responden á su organización y á sus fines; si jura, en una palabra, que se asfixia en esta sociedad pervertida, y

que no dejará piedra sobre piedra hasta regenerarla y corregirla, es preciso convenir que la agresión parte de sus tiendas mismas, y que no son ociosos los esfuerzos que, para atajar el mal, hacen de comun acuerdo los Gobiernos de Europa y aun el del Norte de América.

Los hechos no pueden ser mas evidentes; y en cuanto al derecho, bastará consignar la doctrina fundamental de que existe el derecho de asociarse para todos los fines de la vida humana *que no sean contrarios á la moral*, y que la seguridad del Estado pide que pueda ser disuelta por la ley toda asociación, cuyo objeto ó cuyos medios comprometan la seguridad del mismo Estado.

Este es el derecho fundado en los principios de justicia, que están en contraposición con sociedades que, como *La Internacional*, tienen por objeto subvertir todo orden y armonía; cuando ellos, como emanados de la ley natural, se hallan sobre toda sociedad y obra humana, y deben servir de norma segura é indeclinable en todas los actos que se refieren al orden y estabilidad de la sociedad misma.

Pero ¿deben los Gobiernos que vigilan por el bienestar de la sociedad, á cuyo frente se hallan, ir á buscar á *La Internacional* en los senos en donde se oculta, y á ponerla con medidas gubernativas el sello de la proscripción en la frente? ¿deben por el contrario esperar á que *La Internacional* se manifieste por

actos ostensibles, para imponerles entonces el correctivo que merecen y hasta el condigno castigo? Delicada es la resolución dentro de los principios del derecho público en que se la coloca por los contendientes.

Sin embargo, dentro de estos mismos principios, sin faltar á ellos, podemos aplicar el sabido axioma del derecho, de que mejor es precaver que curar. Hay mas, la sociedad se conserva ilesa y pura si se evita el mal; pero aunque sane de él despues de contraído, nunca vuelve al primer estado de integridad, siempre queda alguna huella de la dolencia, siempre asoma el peligro de reproducirse. Hé aquí por qué es preferible el evitar el mal que el curarle. Este es el fundamento de aquel axioma hijo de las nociones cardinales del derecho natural y de la esperiencia. Si los sabios legisladores griegos, romanos y cuantos nos han precedido lo admitieron en los códigos de sus respectivos países, y lo aplicaron con ventaja para la sociedad, ¿por qué nosotros, olvidando aquellas saludables lecciones, hemos de renunciar á sus ventajas? ¿por qué hemos de permitir que invada el contagio nuestros lares, en la confianza de acudir á su remedio? ¿no será mas lógico, mas discreto y mas seguro que le opon-gamos valla insuperable que nos conserve incólumes?

Razones poderosísimas de otro órden existen asimismo, para que procuremos á todo trance precaver los

males, y males de índole tan grave como los de que tratámos, de los que tendremos ocasion mas oportuna de ocuparnos en la prosecucion de esta importante materia. Por hoy bástenos para concluir apuntar una de las primeras causas, sino la principal, que han contribuido al desarrollo de las máximas y principios sobre que se ha levantado y se quiere asegurar *La Internacional*.

Las ideas *universalizadoras* y *niveladoras* que se han sembrado y difundido con tan temerario empeño por los infatigables apóstoles de la democracia y del socialismo, han dado sus naturales frutos; han perturbado hondamente las clases que antes con su trabajo vivian pacíficamente, y exaltando los cerebros de los ignorantes con esperanzas mentidamente halagüeñas, han sentado los cimientos de esas sociedades utópicas, cuya existencia ha de ser comparable solo á la destructora tempestad.

Algunos propagadores de semejantes doctrinas, como Ledru-Rollin, se muestran arrepentidos de su obrn, cuando han visto sus letales efectos; pero ya no tiene remedio, la sangre se halla inficionada con el ponzoñoso virus, y mucho trabajo ha de costar para depurarla. Se comprende el profundo pesar que deben experimentar los *universalizadores* del poder, que con espíritu recto consideran todas las consecuencias de sus doctrinas perturbadoras.

Los que apartando á las clases po-

pulares del trabajo, han querido lanzarlas al terreno de la política sin imbuirles antes los grandes moderadores de la vida, que son la educación moral y religiosa y la ilustración, bien pueden mostrarse arrepentidos. No han hecho hombres, sino que de hombres han hecho fieras, y fieras desgraciadas

La Internacional; hé ahí el resumen de las aspiraciones de los que con mas ardor han seguido la corriente de las ideas *universalizadoras*.

París incendiado; hé ahí descorrida una punta del velo que cubre á *La Internacional*.

Guerra á los palacios, guerra á Dios, guerra á las leyes, guerra á la propiedad, guerra á la sociedad; hé ahí sus doctrinas.

Hoy es ya tarde para estirpar en gérmen la venenosa planta. La semilla que han propagado los arrepentidos *universalizadores*, ha tomado cuerpo y amenaza cubrir la tierra. *La Internacional* está en la atmósfera; se respira *Internacional* en todos los pueblos y en todas las naciones.

Los que no se apresuren á contrarrestar la corriente que amenaza desbordarse, han de ser muy pronto testigos de grandes catástrofes.

Los soberanos de Europa que han comprendido toda la gravedad que los propósitos de *La Internacional* tienen para el porvenir de las naciones, tratan de ponerse de acuerdo contra aquella sociedad; y en tanto nuestros Gobiernos miran con des-

den este asunto, cuando no solo los Reyes y los Gobiernos debieran unirse, sino todas las clases de la sociedad, para llegar á desvanecer la tempestad que se está formando.

Sobre los Gobiernos, en primer lugar, y sobre las clases ilustradas y conservadoras de la buena doctrina, despues, caerá la responsabilidad de no haber aprovechado las lecciones que París nos ha dado, cuando veamos desgarradas las entrañas de la pátria por los feroces sectarios de las doctrinas con que se alimenta *La Internaeional*.

M. S.

El valor católico de los Estados-Unidos

Este valor que pediamos, no ha mucho, para los defensores de la causa de Dios y que el Santo Padre ha recomendado en gran manera á las católicos, como su gran deber en las actuales circunstancias, ha sido el objeto de una interesante conferencia, dada en la iglesia del Sagrado Corazon de Tolosa por Mons. Perchez, arzobispo de Nueva Orleans. El venerable prelado predicaba con el ejemplo; porque todos los oyentes sabian que, á pesar de su avanzada edad, acababa de arrostrar los peligros de una peregrinacion de Nueva Orleans á Roma en el rigor del invierno y ante una revolucion, cuyos furores son mucho mas de temer que los de las mismas tempestades.

Francés de nacimiento y siempre entusiasta por su amada pátria á pesar de una ausencia de mas de un tercio de siglo, Mons. Perchez ha sentido herido su corazon por la desorganizacion mate-

rial y moral de nuestra infortunada nación. Y entre todos los síntomas de nuestra decadencia presente, el que mas profundamente le ha entristecido ha sido la inercia de la gente de bien. Por esto cuando en Tolosa se le ofreció ocasion de dejar á sus compatriotas un recuerdo de su paso por dicha ciudad, no creyó poder escoger asunto mas á propósito para la reparacion de nuestras desgracias que el de la necesidad del valor. Esta necesidad la demostró sobre todo con el ejemplo de los resultados conseguidos en los Estados-Unidos, donde los católicos son mucho menos en número que en Francia. El siguiente extracto de unos apuntes tomados por uno de nuestros colaboradores y publicados en el *Eco de la Provincia*, hará participar á nuestros lectores de la agradable impresion causada por dicha conferencia en el ánimo de aquellos que tuvieron la dicha de oirla.

«En Francia, nos ha dicho, entre otras cosas, el venerable prelado, en Francia hay todavia cierto número de católicos, de verdaderos católicos, de católicos prácticos, y hasta, diré mas, de católicos devotos. Se ora, pues, se comulga, se practican algunas buenas obras, y esto está muy bien, porque ¿qué cosa buena podria conseguirse sin los auxilios de la gracia de Nuestro Señor que mana de los Sacramentos y de la oracion? Es preciso, pues, ante todo, sobre todo y siempre, orar. Mas esta verdad incontestable no se opone á la certeza de otra verdad, es á saber, que debemos obrar, obrar enérgicamente, cooperar á la gracia, corresponder á los designios de Dios, trabajando, por cuantos medios estén á nuestro alcance, para realizarlos; en una palabra, obrando, entendedlo bien, obrando y con la mayor energia. Nuestro Señor lo ha dicho repetidas

veces en el Evangelio, y tambien lo dice aquel adagio, muy cristiano por cierto, que vosotros no ignorais: *Ayúdate y el cielo te ayudará.*

«Nuestros americanos conocen tambien este refran; mas permitidme que os diga que lo saben practicar mejor que vosotros.

«En Francia estabais acostumbrados en tiempos que pasaron ya, á ser protegidos, ó al menos respetados como católicos. No teniais necesidad de intervenir personalmente para hacer valer vuestros derechos; dejabais que otros lo hiciesen por vosotros. Y de ahí ha venido esa desidia, ó, si os parece mejor, esa deplorable paciencia. Sí, esa paciencia es falsa; mas aun, es peligrosa. ¿No es altamente vergonzoso que soportéis, sin protestar siquiera, que un miserable presumido, ataque insolentemente por puro capricho vuestra fé, critique vuestra religion y procese en cierto modo vuestra conciencia? ¿No lo es tambien oír á un insolente juzgar al mismo Papa, esto es, á vuestro guia y á vuestro padre, y no protestar, con santa indignacion? Ya seais dos, tres, cuatro, diez, veinte, treinta; uno solo que sea audaz puede atacaros en lo mas íntimo de vuestra alma, y vosotros nada teneis que responderle!

«Con semejantes hábitos de indolencia vencidos siempre en la vida privada, lo sereis igualmente en la vida pública! Esa falta de iniciativa y de organizacion es tan desastrosa, que en una ciudad tan populosa y buena como Tolosa, algunos centenares de malvados un poco atrevidos, por mas que en el fondo sean cobardes, podrán hasta ser capaces de haceros temblar. Vosotros no os fijais en que todo ha cambiado, gobiernos, costumbres, circunstancias, y que de ningun modo puede permitirse hoy lo

que hasta cierto punto podia consentirse en los tiempos antiguos.

»¡Ah! ciertamente no sucede así en América. Nuestros católicos jamás han sido adulados por el poder, y por lo tanto tampoco son ellos víctimas de esa ilusion de que es preciso *dejar hacer*, dejar violar sus derechos por los particulares y hasta por los gobernantes. Sus derechos de católicos, esos derechos sagrados é inalienables los defienden, por el contrario, por todos los medios que la conciencia no reprueba ó mas bien que la conciencia prescribe. Ellos sostienen sus derechos por medio de la palabra en las asambleas así privadas como públicas; los sostienen por medio de la pluma en los libros, en los folletos, en los periódicos. El mismo que tiene el honor de dirigiros la palabra hace ya veinte y cinco años fundó un periódico á este objeto. ¡Ah! ¿creeis por ventura que porque vivimos en un pais en que todo se puede decir y en que la mentira reivindica el derecho de seducir á los hombres, como la verdad tiene realmente el de iluminarles, creeis, pues, que por esto hemos de estar cruzados de brazos, y mudos por temor de manifestarnos, y dejar así propagar el error sin oponerle obstáculos? Lejos de esto. Nuestros católicos saben que son tambien ciudadanos y reivindican los derechos de tales, y cuando se menosprecia ó intenta violar uno de ellos, lo defienden por sí propios. Ciertamente no se dice de ellos lo que á veces se dice en Francia de vosotros: »¡Oh! son tan buenos que todo nos lo dejarán hacer; podemos obrar á nuestro gusto, derribar sus instituciones, hacer cuanto nos plazca, sin tener nada que temer; porque los católicos son como los corderillos que siempre se dejan trasquilar y hasta conducir al matadero.» ¡Ah! Esto no se dice

en América. Los católicos están, por el contrario, siempre velando, dispuestos á defenderse y sobre todo á defender á sus pastores, esto es, á los sacerdotes. Se defienden por medio de la palabra y con la pluma, segun os he dicho, y hasta en caso de necesidad saben apelar al revolver. Lo dicen y se sabe que están dispuestos á obrar lo que dicen. Han debido mostrarlo todo en los primeros tiempos y lo han mostrado.

»Un dia centenares de furiosos rodeaban mi habitacion y amenazaban mi libertad para dificultar mi ministerio. En Francia se hubieran contentado lamentándose del hecho, y á lo que mas hubieran levantado las manos al cielo para rogar por mí. En América se oró, pero se hizo además otra cosa. Veinte ó veinte y cinco católicos acudieron á mi casa armados de cuchillas, carabinas y revolvers, ocuparon los puntos mas vulnerables, y hasta llegaron á establecer avanzadas. Se les vió, pues, desde luego dispuestos á dar su vida para mi defensa, y reflexionando los opresores, se retiraron.

»Nada hay mas fuerte, hermanos míos, como un católico: un hombre de fé no teme la muerte. Y esto se comprende. Un malvado que cifra toda su esperanza en la vida presente y que á pesar de todo por razon de su mala vida teme tambien, cuando menos un poco, la vida futura, debe necesariamente temer la muerte; y en esto es consecuente consigo mismo, puesto que la muerte le ha de arrebatár lo que busca y por lo cual suspira y le hará comparecer ante su juez. Un católico, por el contrario, ve en el fin de su vida el comienzo del cielo, y siendo así, ¿porqué temer la muerte? No, nadie hay mas valiente que un verdadero católico. ¿Cuáles han sido los verdaderos católicos en nuestra des-

graciada guerra? Los católicos: Bretones y otros.

»Hay todavía otra cosa que da fuerza á nuestros católicos, esto es, su union, su mucha inteligencia, su organizacion en asociaciones religiosas y hasta políticas de distinto género. En Francia cada católico va por su lado, y hasta á veces forma parte de un partido ó fraccion para ir contra los mismos católicos; se dice, por ejemplo, *católico liberal*: dos palabras que pugnan entre sí. En América esta division se halla entre los protestantes; mas nada de esto conocen los católicos. Uno es católico y está dicho todo; católico como el Papa, católico siempre con el Papa. Por este medio tan sencillo entre nosotros todos estamos de acuerdo. Y la union produce la fuerza.

EL ARZOBISPO DE ZARAGOZA AL
CLERO Y PUEBLO DE LA DIÓCESIS.

Hemos visto algunos números sueltos de un periódico mensual que se publica en Madrid y parece comienza á difundirse en esta capital, titulado *El Grito de guerra, eco de los obreros*; de cuyo objeto, doctrinas y tendencias no debemos decir más, sino que es verdaderamente un grito de guerra, una declaracion formal de guerra, y como una proclama dirigida á los obreros para excitarlos á la guerra; pero guerra contra todo el orden social, guerra contra toda autoridad divina y humana, y guerra al mismo Dios del cielo, de cuyas leyes y providencia se burla, y cuya existencia paladinamente niega. Aparte de algunos abusos verdaderamente reprensibles que en otra forma y con otros fines hubiera con razon censurado, no hay en todo él ni razon, ni mesura, ni decoro, ni otra cosa que cuentos urdidos ó comentados á placer, para ridiculizar las cosas santas, provocaciones al desprecio

y al odio de unas clases contra otras, y una larga sarta de blasfemias las mas horribles que habia vomitado hasta ahora el infierno.

Si periódicos semejantes cayesen solo en manos de lectores sensatos, ó cuyo corazon no estuviese profundamente maleado, lamentariamos siempre la ceguera y la malignidad de los que los escriben ó sostienen, pero podriamos esperar tambien que lejos de producir algun mal, servirian de saludable enseñanza á muchos, haciéndoles comprender las consecuencias desastrosas, las tinieblas, el caos, el vacío infinito de toda verdad, de toda regla, de todo derecho, á que arrastra y en que hunde indispensablemente á los hombres y á los pueblos el desprecio de las creencias religiosas. Sin Dios no hay deber ninguno del hombre para con el hombre; sin la creencia en un Dios justo y remunerador, no hay ley natural ni divina, justicia ni injusticia, no hay bien ni mal moral, y es indiferente despojar al prójimo ó socorrerle en su necesidad, salvarle de la muerte ó asesinarle. Sin una ley superior y preexistente á la sociedad y á la familia, todas las obligaciones sociales desaparecen. Las leyes públicas y los convenios particulares, las promesas y los pactos más solemnes no tienen valor ninguno, desde que se apoyan en la sola voluntad mudable del hombre; porque esta voluntad es tan libre, tan independiente y tan señora de sus actos despues de un mandato ó pacto cualquiera, como lo era antes, si no se reconoce una ley superior, independiente de ella, que la obligue á obedecer la ley y á cumplir las promesas y pactos. Tan cierto, tan óbvio y tan evidente es esto, que hasta los filósofos paganos han creído más facil edificar una ciudad sin cimientos, que constituir una sociedad sin Dios. Sin la creencia en Dios podrán existir hombres embrutecidos y herdas salvajes; podrá haber esclavos miserables envilecidos y comprimidos por el temor del azote, ó fieras desencadenadas que se combatan y destrocen sin tregua. Sociedad civilizada, cuerpo moral, es imposible. ¿Qué civilizacion, qué educacion, qué costumbres, qué sentimientos de honor pueden influir en el que ha

perdido toda conciencia del deber, y que negando á Dios, ha negado todo fundamento de la moralidad de sus actos? ¡Pobres pueblos en que llegasen á dominar semejantes delirios, si fuese posible que el ateísmo se generalizase por algun tiempo en un pueblo!

Mas por desgracia, el número de insensatos es infinito, y una triste experiencia nos enseña que el descaro y la audacia hallan siempre instrumentos dóciles entre la muchedumbre ignorante, y que no hay error tan absurdo, ni proyecto tan criminal que le falten secuaces y cómplices, donde el sentimiento religioso se ha resfriado.

España era una nacion profundamente católica, y Aragon, y Zaragoza en Aragon se distinguió constantemente por el fervor de su Catolicismo durante largos siglos. Los doctores más sábios y santos la ilustraron con sus doctrinas y ejemplos; su suelo ha sido empapado en sangre de mártires; y en medio de innumerables santuarios que se disputaban la devocion de los pueblos y coronaban sus colinas, cautivaba singularmente los corazones de todos el milagroso Pilar. Un Dios, una fé y un lábio solo hicieron á este pueblo glorioso, poderoso, invicto: y sus legiones fueron el terror de sus enemigos, sus escuelas arsenales de virtud y de ciencias, sus Justicias la magistratura modelo.

No diremos, no podemos decir que todo esto haya desaparecido. El Pilar existe por la misericordia de Dios, y es todavía el consuelo, la esperanza y el escudo firmísimo de los aragoneses. Existe el pilar y existen aun otros muchos santuarios que la piedad de vuestros mayores habia levantado; pero ¡ay! amados hermanos míos: aquella fé ardiente de vuestros padres, aquella unidad perfecta de sentimientos, aquella mancomunidad de aspiraciones, de estudios y de lenguaje rigurosamente católico que tanto ennobleció á este antiguo reino, permitidme que lo diga, ya no existe. Hijos de Benal se han introducido astuta y desgraciadamente entre vosotros. Tras las discordias civiles, y á favor de esas mismas discordias, han aparecido disidencias religiosas; y con la engañosa máscara de libertad, de ci-

vilizacion, de ilustracion, de progreso, se vienen sembrando desde mucho tiempo semillas que no pueden dar otro fruto que una generacion de incrédulos.

Debemos decirlo, y lo diremos con franqueza: no nos asusta, aunque nos duela, el pobre proselitismo que puedan hacer unos cuantos sectarios que se han atrevido á hollar con su impura planta esta ciudad bendita. No nos asusta esa capilla protestante en que se predicán errores añejos, mil veces pulverizados, en los cuales no creen los mismos que los enseñan, y que solo pueden engañar á algunas almas imbéciles, ó servir de juguete y farsa á algunos curiosos y perdidos. El católico, lo hemos dicho ya en otras pastorales, el católico que deje de creer y de obedecer á la Iglesia, no creerá nada ni obedecerá á nadie. La revelacion desaparece toda para él, desde que niegue la única autoridad por quien la habia recibido.

No.... Vosotros no podeis ser, no se-reis nunca luteranos, ni calvinistas, ni mahometanos, ni judios, ni sectarios rigurosamente tales de ningun otro heresiarca. Un pueblo grande, de tradiciones gloriosas, de una historia especial, señalada, heroica, no puede renunciar á sus tradiciones, borrar su historia y condenar su pasado de diez y nueve siglos, para dar fé á reformadores sin mision, y abrazar los caprichos y sueños de miserables apóstatas. Un pueblo inteligente, enérgico, decidido, puede por desgracia desvanecerse y caer; pero no pararse en la mitad del error, detenerse en la inconsecuencia de los sectarios que niegan la autoridad de la Iglesia, y admiten, ó alegan á lo menos, la Divina Escritura, la cual no han recibido, sino de la misma Iglesia: que desprecian á los Pastores puestos por el Salvador á quienes dijo: "Id y enseñad, yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos;" y pretenden que los creamos á ellos, porque se les antojó constituirse por sí mismos en pastores y guias seguros de los demás.

En una palabra, amados hermanos é hijos: seria preciso que se cambiase enteramente vuestro carácter, vuestra naturaleza, vuestro modo de ser, para que echase raices entre vosotros ninguna sec-

ta herética; pero es posible la pérdida entera de la fé, porque la fé, no es patrimonio de ningun pueblo ni raza; sino un don gratuito de Dios. Es posible que vuestras obras y vuestra conducta sean tales, que os hagan merecedores de aquella sentencia terrible, con que amenazó el Señor, y que se cumplió tristemente en los que se gloriaban de tener por padre á Abrahan: «Se os quitará el reino de Dios, y será dado á otras gentes que produzcan sus frutos.»

Y en verdad, queridos hermanos; al reflexionar sobre la relajación cada dia creciente de las costumbres, sobre el escándalo de la blasfemia pública, y la profanación descarada y casi general de las fiestas, que todos nuestros esfuerzos no han sido bastantes á contener: al reflexionar sobre el desprecio de los mandamientos y censuras de la Iglesia, y muy particularmente en la lectura de libros, folletos y periódicos antireligiosos é impíos, contra la cual tambien hemos procurado preveniros repetidas veces; no podemos dejar de temer por vosotros, por vuestras familias, y por la generación que os suceda; pues escrito está que «el árbol que no da buen fruto será cortado.»

¿Por qué circulan tantos periódicos y tanto impreso inmoral é irreligioso entre vosotros, sino porque, con desprecio de los mas graves anatemas de la Iglesia, hay quien los lee, quien los compra ó se suscribe á ellos, contribuyendo así á la desmoralización y prevaricación general? ¿ó se pretende acaso que el sistema político vigente ha anulado ó desvirtuado las prohibiciones y censuras de los Sagrados Cánones, ó que la tolerancia de la ley civil deja sin responsabilidad ante Dios, ante la sociedad y la familia al que mina, ó contribuye de cualquier modo á que otros minen los fundamentos de todo orden social y moral? El católico, no nos cansaremos de repetirlo; el católico, y menos el católico de carácter ardiente, resuelto; no puede dejar de serlo, sino para llevar el error hasta las últimas consecuencias.

Si se separa de la Iglesia, si niega su autoridad, negará en seguida todos los dogmas, todos los preceptos, toda la revelación que la Iglesia ha enseñado.

No será hereje, ni sectario en el rigor de la palabra; será simplemente incrédulo, racionalista, ateo. Y desde entonces no le pidais moral ni conciencia. Un punto de honra, un resto de la educación primera, el bien parecer á los ojos de los demás, tal vez contenga á este ó al otro individuo, ó le haga por lo ménos más hipócrita y astuto, sin hacerle por eso mejor. La muchedumbre seguirá el impulso de sus caprichos y pasiones, no tendrá mas ley que la fuerza, será oprimida ú opresora. Y ¡ay de la familia en ese dia! ¡ay de la sociedad entera! Apartáronse de mí, dice el Señor, abandonáronme á mí, que soy fuente de agua viva, y han ido á fabricarse algibes rotos que no pueden retener las aguas. ¿Es acaso Israel algun esclavo ó hijo de esclava? ¿Pues por qué ha sido entregado en presa de los enemigos? Rugieron contra él los leones, redujeron su país á un páramo, han sido quemadas sus puertas y no hay quien habite en ellas.» «Por tanto escuchad ¡oh naciones! y entended, gentes todas, cuán terribles castigos os enviaré. Puesto que no escuchásteis mi palabra y desechásteis mi ley, yo amontonaré sobre ese pueblo desastres que serán el fruto de sus depravados designios. Yo lloveré desgracias sobre ese pueblo; y caerán los padres con los hijos, y el vecino perecerá juntamente con su vecino.»

Esperemos, amados míos, en buen hora: esperemos de la misericordia de Dios y de la protección de su Santísima Madre, que no vendrán sobre nosotros tan terribles castigos, que el Señor descargó sobre otros pueblos. Esperemos; pero esperemos orando con todo fervor, reformando nuestras costumbres, removiendo las causas de esos castigos, adhiriéndonos cada vez más estrechamente á la Iglesia santa y á la Cátedra de San Pedro, sobre que el Salvador la ha fundado, observando fielmente sus preceptos y prohibiciones, y cerrando nuestras puertas, ojos y oídos á todo impreso, á toda lectura moral y anti-católica. Bien entendido, que no lo es solamente la de periódicos como el que os hablé al principio de esta carta; sino tambien la de aquellos que, aunque hagan alarde de religiosos y morales, aunque se di-

gan católicos é inserten alguna vez artículos juiciosos y sanos, se atreven á erigirse en censores y jueces de las doctrinas y prácticas de la misma Iglesia, no pierden ocasion de calumniar y denigrar á sus ministros y aun se propasan tal vez á poner en duda verdades de fé ya definidas. Oza fué herido de muerte por haber puesto sus manos en el arca santa, y Oza es el símbolo de todos los profanos que ponen su mano temerariamente en las cosas santas, aun cuando pretesten sostenerlas. No diremos una palabra más. Sed dóciles á nuestras amonestaciones, y orad por Nos, mientras os bendecimos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen. Dada en Zaragoza á 22 de Agosto de 1871.—FR. MANUEL, *Arzobispo de Zaragoza.*

MOVIMIENTO

DEL MUNDO CATÓLICO.

El Pius Verein.

Ya hemos dicho á nuestros lectores que la *Asociacion suiza de Pio IX* (Pius Verein) ha celebrado asamblea general en Friburgo los dias 29 y 30 de Agosto. Segun noticias fidedignas que de Suiza recibimos, el éxito de esta demostracion católica ha sido grandísimo. Millares de católicos han acudido de todos los cantones de la república, entre ellos los más distinguidos del partido católico de Suiza. Desde el dia 28 los trenes de Berna conducian á Friburgo multitud de comisionados alemanes tesinenses y muchos habitantes del Jura: cien católicos llegaron de Valais al mismo tiempo que la comision de Ginebra. Esta se componia de unas 60 personas, entre las cuales iban los presidentes de las sociedades de jóvenes, sociedades llamadas á hacer mucho bien en Ginebra y que prosperan diariamente.

Pero el canton que dió mayor número de asistentes á la asamblea, fué el de Friburgo, donde se celebraba. Desde el

amanecer, largas filas de católicos de toda la comarca se dirigian á la ciudad.

La solemnidad empezó por una Misa que celebró de Pontifical en San Nicolás Monseñor Mariley. Despues de la augusta ceremonia, subió al púlpito el elocuente y sábio Obispo de Ginebra, Monseñor Mermillod, y habló á los fieles de los peligros que amenazan á la Iglesia, de los temores, esperanzas y deberes de los católicos en las circunstancias actuales. Jamás, dice una carta de Friburgo, jamás cayó una palabra más elocuente sobre un auditorio mejor preparado. Aquella inmensa muchedumbre de hombres tuvo frecuentes conmociones de entusiasmo, oyendo al fervoroso orador.

Despues de la Misa, empezó la Asamblea. Como la gran sala preparada al efecto era muy pequeña para contener á tantos fieles, tuvo que celebrarse la sesion al aire libre, en el patio del colegio.

Despues del discurso de apertura, en el cual el presidente puso de relieve la importancia de la asamblea en estas circunstancias, monseñor Mariley inauguró los trabajos con algunas elocuentes palabras y con una bendicion solemne. Despues el consejero nacional Wuilleret trató de la grave cuestion de reforma de la Constitucion federal. La conclusion de este discurso fué que los católicos deben adoptar como programa político en este asunto los *postulata* formulados por los Obispos suizos en su *Memoria* al consejo federal.

La cuestion de reforma de la Constitucion era, sin disputa, la más importante de todas. Si el proyecto fracasara ó á lo ménos se modificase, este buen resultado será debido á la asociacion de Pio IX.

Otros varios elocuentes oradores hablaron despues, entre ellos monseñor Mermillod, sobre la infalibilidad y el pontificado; el diputado Thorin, sobre el apostolado de la oracion; el Padre Hilario, capuchino, sobre el liberalismo; el abate Broquet, sobre *La Internacional*, etc., etc. Las correspondencias de Suiza hacen grandes elogios del discurso del Padre Hilario sobre el liberalismo.

El banquete fué luego ocasion de nu-

merosos brindis, en los cuales manifestaron los concurrentes sus sentimientos católicos y el deseo de conservar y defender sus libertades religiosas. Una peregrinación al hermoso santuario de Nuestra Señora de Loreto, situado cerca de la ciudad, y un concierto de grandes órganos terminaron las fiestas del día. Por la noche los representantes de la prensa católica suiza, se reunieron para organizar la prensa verdaderamente conservadora en el país, y adoptaron importantes resoluciones.

Al día siguiente nuevos oradores encontraron el mismo auditorio y el mismo entusiasmo que los del día anterior. El Sr. Mamie, Párroco de Saint-Incier, leyó un interesante informe sobre las misiones interiores en Suiza. Luego hablaron el diputado Folletéte, del Jura, y monseñor Mermillod. Monseñor Mariley inició con algunas frases conmovedoras una demostración que produjo un efecto indescriptible: pidió que se jurase fidelidad á Dios y á su Iglesia; juramento que se hizo en medio de las más entusiastas aclamaciones.

Esta gran demostración, dice una carta de Friburgo, no se borrará jamás de la memoria de los que han tomado parte en ella, y esperamos que será fecunda en resultados.

A la asamblea asistieron varios extranjeros, especialmente franceses, saboyanos y alsacianos, con el fin de conocer la organización del *Pius Verein* y extenderle por su país.

Los periódicos romanos refieren un nuevo rasgo de la magnanimidad de Pio IX. En medio de sus grandes tribulaciones, su ardiente caridad acude á todas las necesidades y á todos los infortunios. Viviendo de las limosnas de los fieles, socorrió abundantemente las desgracias causadas por la inundación de Roma, envió generosísimos socorros á Francia, y acaba de remitir á monseñor Franchi, su embajador en Constantinopla, un millon para atender á las necesidades de las iglesias orientales.

Los cristianos de Oriente, por estas y otras muchas pruebas de amor que les ha dado Pio IX, tienen sobrados moti-

vos para considerarle como un protector verdaderamente paternal.

La grandeza de Pio IX y su magestad de rey resplandecen en la desgracia más todavía que en la prosperidad.

Visita de la Corte de María en la presente semana.

Día 16.—Ntra. Sra. de las Angustias, en las Capuchinas.

Día 17.—Ntra. Sra. de Cueva Santa, en idem.

Día 18.—Ntra. Sra. de la Paz, en idem.

Día 19.—Ntra. Sra. del Cármen, en su propia Iglesia.

Día 20.—Ntra. Sra. de las Virtudes, en idem.

Día 21.—Ntra. Sra. de Belén, en idem.

Día 22.—Ntra. Sra. del Socorro, en su Ermita.

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Iglesia Colegial misa conventual á las nueve menos cuarto y en la parroquia de Sta. María á las ocho y media. En la Misericordia misa y sermón á las ocho y media, en honor de la Virgen de la Soledad, que predicará don José Juliá, capellan de las monjas Agustinas. En la Ermita de Santa Cruz también misa y sermón, á las nueve y media, que predicará D. Joaquín García, cura de Sta. María.

Martes.—En las Monjas Agustinas misa de renovación á las siete y media, y por la tarde, Trisagio á las cuatro.

Miércoles.—Temporas; Ayuno.

Jueves.—En las Capuchinas misa de renovación á las siete menos cuarto, y por la tarde Trisagio á las cuatro.

Viernes.—Temporas; Ayuno.

Sábado.—En la Colegial misa de renovación á las siete y media. Temporas; Ayuno.

En los tres días de Temporas hay misa de feria á las nueve en la Iglesia Colegial.